



CARLOS  
CASTANEDA

---

PASES  
MÁGICOS

LAS ENSEÑANZAS PRÁCTICAS DE DON JUAN

*Pases mágicos* constituye un salto cualitativo revolucionario en las enseñanzas de don Juan Matus.

Los chamanes del antiguo México descubrieron la configuración de estos movimientos en sueños y los llamaron «pases mágicos», en razón de su efecto visible sobre la psique del hombre. A dichas configuraciones de movimientos el autor las ha bautizado con el nombre de Tenseguridad. Este vocablo proviene del lenguaje de la arquitectura y designa «la propiedad de los armazones que utilizan miembros de tensión continua y miembros de compresión discontinua de tal modo que cada uno opera con el máximo de eficacia y economía».

A diferencia de sus libros anteriores, *Pases mágicos*, de Carlos Castaneda, proporciona las bases para entender y aplicar las configuraciones de movimientos heredadas de los chamanes del antiguo México.

Esta obra contiene la versión actualizada de miles de movimientos que llegaron a don Juan Matus a través de veintisiete generaciones de brujos.

Castaneda ha optado por usar los pases mágicos y enseñarlos a quien desee aprenderlos, enriqueciéndolos con descripciones completas, fotografías y explicaciones acerca de cada movimiento.

A todos los practicantes de la Tensegridad que, al unir fuerzas a su alrededor, me han puesto en contacto con formulaciones energéticas a las que don Juan Matus y los chamanes de su linaje jamás accedieron.

## Introducción

Don Juan Matus, maestro de brujos o *nagual* —nombre que reciben los maestros chamanes cuando encabezan un grupo de brujos—, me introdujo en el mundo cognitivo de los chamanes que en la antigüedad vivieron en México. Don Juan Matus era un indio nacido en Yuma, en Arizona. Su padre era yaqui de la mexicana Sonora y, por lo que se sabe, su madre era una yuman de Arizona. Don Juan vivió en Arizona hasta que cumplió los diez años. Su padre lo llevó a Sonora y se involucraron en las guerras incesantes entre los yaquis y los mexicanos. Mataron a su padre y a los diez años don Juan acabó en el sur de México, donde unos parientes lo criaron.

A los veinte años contactó con un maestro de brujos llamado Julián Osorio. Este presentó a don Juan un linaje de chamanes que pretendidamente se remontaba a veinticinco generaciones atrás. Julián Osorio no era indio, sino hijo de europeos que habían emigrado a México. Don Juan me contó que el nagual Julián había sido actor y que era muy dinámico: narrador, mimo, adorado por todos, influyente, imponente. En una de sus giras teatrales por provincias, el actor Julián Osorio cayó bajo la influencia de otro nagual: Elias Ulloa, que le transmitió los conocimientos de su linaje de brujos.

Fiel a la tradición de su linaje de chamanes, don Juan Matus enseñó a cuatro discípulos algunos movimientos corporales que denominó *pases mágicos*. Sus discípulos fuimos Taisha Abelar, Florinda Donner-Grau, Carol Tiggs y yo. Los transmitió con el mismo espíritu con que se habían enseñado durante generaciones, aunque con una notable excepción: eliminó los excesos rituales que durante mucho

tiempo habían rodeado la enseñanza y la práctica de los pases mágicos. En este aspecto don Juan comentó que los ritos habían perdido su influencia a medida que las nuevas generaciones de practicantes se mostraban más interesados por la eficacia y el funcionalismo. Me aconsejó que bajo ninguna circunstancia hablase de los pases mágicos con sus discípulos o con otras personas. Sostuvo que los pases mágicos pertenecen exclusivamente a cada persona y que el efecto es tan imponente que lo mejor es practicarlo sin hablar del tema.

Don Juan Matus me enseñó cuanto sabía sobre los brujos de su linaje. Me expresó, declaró, afirmó y explicó hasta el último matiz de sus conocimientos. Por consiguiente, todo lo que digo sobre los pases mágicos es consecuencia directa de sus enseñanzas. Los pases mágicos no son un invento. Fueron descubiertos por los chamanes del linaje de don Juan, que vivieron en el antiguo México, mientras estaban en estados chamánicos de *conciencia acrecentada*. El descubrimiento de los pases mágicos fue casual. Todo comenzó con preguntas muy simples sobre el carácter de la increíble sensación de bienestar que los chamanes experimentaban en los estados de *conciencia acrecentada* cuando mantenían ciertas posturas corporales o movían las extremidades de determinada manera. La sensación de bienestar fue tan intensa que el deseo de repetir los movimientos en los estados de conciencia normal se convirtió en el centro de sus esfuerzos.

Por lo visto, lo consiguieron y se convirtieron en poseedores de una complejísima serie de movimientos que, una vez practicados, daban magníficos resultados en lo que a habilidades físicas y mentales se refiere. De hecho, las consecuencias de la práctica de los movimientos fueron tan espectaculares que los denominaron *pases mágicos*. Durante generaciones solo los transmitieron a iniciados chamanes y de manera personal, respetando complejos rituales y ceremonias secretas.

En su enseñanza de los pases mágicos don Juan Matus se separó radicalmente de la tradición, lo que le llevó a volver a formular el objetivo pragmático de los pases. No me planteó dicho objetivo como el realce del equilibrio físico y mental —fin que había tenido en el pasado—, sino como la posibilidad práctica de *redistribuir la energía*. Explicó que dicho cambio se debía a la influencia de los dos naguales que lo precedieron.

Los brujos del linaje de don Juan creen que en cada ser humano existe una cantidad inherente de energía, cantidad cuyo aumento o disminución no está sometida a los embates de fuerzas externas. Están convencidos de que dicha cantidad de energía basta para conseguir lo que esos brujos consideran la obsesión de la especie humana: trascender los parámetros de la percepción normal. Don Juan Matus estaba seguro de que nuestra incapacidad de romper con dichos parámetros se debía a nuestra cultura y entorno social. En su opinión, nuestra cultura y entorno utilizan hasta el último ápice de energía inherente para cumplir patrones establecidos de comportamiento, lo que nos impide trascender los parámetros de la percepción normal.

En cierta ocasión pregunté a don Juan:

—¿Por qué otra persona o yo querríamos trascender esos parámetros?

—Porque trascender esos parámetros es la cuestión inevitable de la humanidad —replicó—. Superarlos significa entrar en mundos impensables, de un valor pragmático que en modo alguno se diferencia del valor de nuestro mundo cotidiano. Lo aceptemos o no, la superación de dichos parámetros nos obsesiona y nuestro estrepitoso fracaso explica la abundancia de drogas, estimulantes, ceremonias y rituales religiosos que rodean al hombre moderno.

—Don Juan, ¿por qué habla de un fracaso estrepitoso?

—Nuestra incapacidad de cumplir este deseo subliminal se debe a que lo abordamos atropelladamente. Nuestras herramientas son muy toscas. Es como si quisiésemos derri-

bar una pared a cabezazos. El ser humano no considera ese derribo en función de la energía. Para los brujos el éxito está determinado por el acceso o la inaccesibilidad de la energía. Puesto que es imposible acrecentar nuestra energía inherente, para los chamanes del antiguo México la única vía posible era la *redistribución* de dicha energía. Para ellos el proceso de la *redistribución* comenzaba con los pases mágicos y la forma en que influían en el cuerpo físico.

Mientras enseñaba, don Juan recalca de todas las maneras posibles que la gran importancia que los chamanes de su linaje atribuían a la habilidad física y el bienestar mental perduraba hasta el presente. Comprobé la veracidad de sus afirmaciones cuando lo observé en compañía de quince brujos. El extraordinario equilibrio físico y mental que mostraban era el rasgo que más los caracterizaba.

Cuando le pregunté de manera directa las razones por las que los brujos daban tanta importancia al aspecto físico del hombre, la respuesta de don Juan me dejó totalmente desconcertado porque siempre lo había considerado un ser espiritual.

—Los brujos no son espirituales, sino seres muy pragmáticos. De todos es sabido que, en general, se considera que los chamanes son excéntricos e incluso locos. Tal vez esto te lleva a pensar que son espirituales. Parecen locos porque intentan explicar lo inexplicable. En su intento vano de dar explicaciones completas que bajo ninguna circunstancia podrán completar pierden la coherencia y dicen necedades. Necesitas un cuerpo flexible si buscas la habilidad física y la sensatez. Se trata de las dos cuestiones más importantes en la vida de los chamanes porque proporcionan sobriedad y pragmatismo, únicos requisitos indispensables para entrar en otras esferas de percepción. Para navegar auténticamente por lo desconocido hace falta una actitud osada, nunca temeraria. Para conseguir el equilibrio entre la audacia y la temeridad, el brujo debe mostrarse muy so-

brio, precavido, hábil y manifestar una excelente forma física.

—Don Juan, ¿para qué necesita una excelente forma física? ¿No basta con el deseo o la voluntad de viajar por lo desconocido?

—¡Jamás de los jamases! —exclamó secamente—. Pienso que afrontar lo desconocido, para no hablar de adentrarse, requiere entrañas de acero y el cuerpo capaz de albergarlas. ¿De qué te serviría tener entrañas si carecieras de lucidez mental, habilidad física y músculos adecuados?

Estaba claro que la excelente forma física que don Juan había defendido incesantemente desde el día en que nos conocimos, y que era consecuencia de la ejecución rigurosa de los pases mágicos, era el primer paso hacia la *redistribución* de la energía inherente. En opinión de don Juan, la *redistribución de la energía* es el tema más decisivo en la vida de los chamanes y de cualquier individuo. La *redistribución de la energía* es un proceso que consiste en trasladar de un sitio a otro la energía que ya existe en nuestro interior. Dicha energía ha sido desplazada de los centros de vitalidad del cuerpo, que la necesita para alcanzar el equilibrio entre la lucidez mental y la habilidad física.

Los chamanes del linaje de don Juan se comprometieron firmemente con la *redistribución* de la energía inherente. No fue una labor intelectual ni consecuencia de la inducción, la deducción o las conclusiones lógicas, sino el resultado de su capacidad de percibir la energía como fluye por el universo.

—Los brujos llamaron *ver* a esta capacidad de percibir la energía como fluye por el universo —explicó don Juan—. Describieron el *ver* como el estado de *conciencia acrecentada* en el que el cuerpo humano percibe la energía como flujo, corriente o vibración que se parece al viento. *Ver* la energía como fluye por el universo es producto de la detención momentánea del sistema de interpretación característico de los seres humanos.



—Don Juan, ¿en qué consiste ese sistema de interpretación?

—Los chamanes del antiguo México descubrieron que, de una u otra manera, todo el cuerpo humano participa en la conversión del flujo vibratorio o corriente de vibración en alguna clase de información sensorial. A través de las costumbres, la suma del bombardeo de entradas sensoriales se convierte en el sistema de interpretación que permite que los humanos perciban el mundo como lo hacen. Los brujos del antiguo México aplicaron una enorme disciplina para detener este sistema de interpretación. Denominaron *ver* a la detención y la convirtieron en la piedra angular de sus conocimientos. Para ellos, *ver* la energía como fluía por el universo se convirtió en una herramienta imprescindible que utilizaron en la elaboración de sus programas clasificatorios. Por ejemplo, gracias a esta capacidad concibieron la totalidad del universo asequible a la percepción de los seres humanos como una cebolla compuesta por miles de capas. Llegaron a la conclusión de que el mundo cotidiano de los seres humanos no es más que una capa. En consecuencia, también creyeron que otras capas no solo son asequibles a la percepción humana, sino que forman parte de la herencia natural de la humanidad.

Otra cuestión de valor incalculable en el conocimiento de los chamanes —cuestión que también fue consecuencia de la capacidad de *ver* la energía como fluye por el universo— es el descubrimiento de la configuración energética humana. Consideraron que se trata de un conglomerado de campos de energía aglutinados por la fuerza vibratoria que los une hasta formar una luminosa bola de energía. Para los chamanes del linaje de don Juan el ser humano tiene forma ovalada, como de huevo, o redonda como una pelota. Por eso los llamaron *huevos luminosos* o *bolas luminosas*. Desde su punto de vista, esta esfera de luminosidad es nuestro auténtico yo, auténtico en el sentido de que resulta irreductible en lo que a la energía se refiere. Es irreductible

porque la totalidad de los recursos humanos participan en el acto de percibirla directamente como energía.

Los chamanes descubrieron que en la cara posterior de la *bola luminosa* existe un punto de brillo aún mayor. De los procesos de observación directa de la energía dedujeron que dicho punto es fundamental para convertir la energía en datos sensoriales y, a continuación, interpretarlos. Por este motivo lo llamaron *punto de encaje* y consideraron que es allí donde encaja la percepción. Sostuvieron que el *punto de encaje* se encuentra detrás de los omóplatos, a un brazo de distancia. También descubrieron que el *punto de encaje* de toda la humanidad está situado en el mismo sitio, lo que proporciona a cada ser humano una visión muy parecida del universo.

Un hallazgo de gran valor tanto para estos chamanes como para los de generaciones posteriores es la comprobación de que el emplazamiento del *punto de encaje* en ese sitio es consecuencia de las costumbres y la socialización. Por este motivo llegaron a la conclusión de que se trata de una posición arbitraria que solo crea la ilusión de ser definitiva e irreductible. Producto de esta ilusión es la convicción aparentemente inquebrantable que los humanos tienen de que el mundo de cada día es el único que existe y que su irrevocabilidad es innegable.

Cierta vez don Juan me dijo:

—Créeme cuando afirmo que esta sensación de irrevocabilidad del mundo es pura ilusión. Como nunca se ha puesto en duda se sigue considerando la única opción posible. El instrumento para cuestionarla consiste en ver la energía como fluye por el universo. Mediante el empleo de esta herramienta los chamanes de mi linaje llegaron a la conclusión de que existe una asombrosa cantidad de mundos asequibles a la percepción humana. Los definieron como esferas que todo lo incluyen y en las que uno puede actuar y luchar. Dicho de otro modo, se trata de mundos en

los que el ser humano puede vivir y morir como en este mundo de la vida cotidiana.

A lo largo de nuestros trece años de relación don Juan me enseñó los pasos básicos para lograr la proeza de *ver*. En mis obras anteriores he analizado dichos pasos, aunque jamás me he referido a la clave del proceso: los pases mágicos. Don Juan me enseñó muchísimos pases mágicos y, junto a ese caudal de conocimientos, me dejó la certidumbre de que yo era el último eslabón de su linaje. Aceptarlo representó para mí la tarea de buscar nuevos modos de difundir los conocimientos de su linaje, dado que su continuidad ya no era un problema.

En este aspecto debo aclarar una cuestión muy importante: don Juan Matus nunca se preocupó por transmitir sus conocimientos, lo que le interesaba era perpetuar su linaje. Las tres discípulas y yo —que, según dijo, fuimos elegidos por el espíritu propiamente dicho, ya que él no tuvo participación activa— fuimos los medios para garantizar dicha perpetuación. Por consiguiente, don Juan hizo un esfuerzo titánico para enseñarme todo lo que sabía sobre brujería o chamanismo y sobre el desarrollo de su linaje.

En el transcurso de mi formación se percató de que mi configuración energética era tan distinta a la suya que lo único que podía significar era el fin de su linaje. Repliqué que me molestaba profundamente su interpretación de las diferencias invisibles que existían entre nosotros. No me gustaba la carga de ser el último de su linaje ni comprendía su forma de pensar.

En cierta ocasión me comentó que los chamanes del antiguo México consideraban que, tal como lo entienden los seres humanos, elegir es la condición previa del mundo cognitivo del hombre, pero solo se trata de una interpretación benévola de lo que se encuentra cuando la conciencia trasciende el cojín de nuestro mundo, una interpretación benévola de la aceptación. Los seres humanos están dominados por fuerzas que los empujan en todas direcciones y

el arte de los brujos no consiste en elegir, sino en ser lo bastante sutiles para aceptar.

—Aunque parece que no hacen nada más que tomar decisiones, los chamanes no deciden nada —puntualizó—. Yo no decidí elegirte ni que fueras como eres. Como no podía elegir a quién transmitiría mis conocimientos tuve que aceptar al que me ofreció el espíritu. Esa persona fuiste tú y energéticamente solo eres capaz de terminar, no de continuar.

Insistió en que el fin de su linaje no tenía nada que ver con él, con sus esfuerzos ni con su éxito o fracaso en cuanto brujo que busca la libertad total. Lo interpretó como algo relacionado con una elección ejercitada más allá del nivel humano, no por seres o entidades, sino por las fuerzas impersonales del universo.

Finalmente acepté lo que don Juan llamaba mi destino. Aceptarlo me obligó a afrontar otra cuestión que denominaba *cierra la puerta al irte*. Es decir, asumí la responsabilidad de decidir exactamente qué haría con todo lo que me había enseñado y de cumplir la decisión al pie de la letra. En primer lugar, me planteé la pregunta crucial de qué haría con los pases mágicos: la faceta de las enseñanzas de don Juan que estaba más cargada de pragmatismo y funcionalismo. Opté por usar los pases mágicos y enseñarlos a quien quisiera aprenderlos. La decisión de poner fin al secreto que secularmente los rodeó fue, como es lógico, el corolario de mi convicción absoluta de que soy el fin del linaje de don Juan. Me parecía inconcebible acarrear secretos que ni siquiera me pertenecían. Envolver los pases mágicos en el manto del secreto no fue decisión mía; yo solo decidí poner fin a esa situación.

A partir de entonces me esforcé por encontrar una forma más genérica para los pases mágicos, una forma adecuada para cualquier persona, lo que dio como resultado la configuración de pases ligeramente modificados. He llamado *Tenseguridad* a la nueva configuración de movimientos,

vocablo que pertenece a la arquitectura y significa «propiedad de los armazones que utilizan miembros de tensión continua y miembros de compresión discontinua de tal modo que cada uno opera con el máximo de eficacia y economía».

Me gustaría hacer una aclaración para explicar qué son los pases mágicos de los chamanes que vivieron en el antiguo México: para don Juan la «antigüedad» quería decir hace diez mil años o más, cifra que resulta incongruente si la analizamos desde la perspectiva de los estudiosos modernos. Cuando planteé la discrepancia entre su cálculo y el que yo consideraba más realista don Juan no cedió un ápice en sus convicciones. Estaba seguro de que los habitantes del Nuevo Mundo hace diez milenios se interesaron vivamente por cuestiones del universo y de la percepción que el hombre moderno ni siquiera es capaz de atisbar.

Al margen de las interpretaciones cronológicas divergentes, para mí la eficacia de los pases mágicos es incuestionable y me siento obligado a esclarecer la cuestión respetando estrictamente la forma en que me fue presentada. El efecto directo que han ejercido en mí tuvo una gran influencia en el modo en que los abordo. En esta obra ofrezco una reflexión íntima sobre dicha influencia.



## Pases mágicos

La primera vez que don Juan se explayó sobre los pases mágicos comenzó por un comentario despectivo sobre mi peso.

—Estás muy regordete —aseguró, me miró de arriba abajo y meneó la cabeza con gesto desaprobador—. Te falta poco para estar obeso. Tu deterioro se nota. Al igual que el resto de tu raza tienes una bola de grasa en el cuello, como los toros. Ha llegado el momento de que te tomes en serio uno de los grandes hallazgos de los chamanes: los pases mágicos.

—Don Juan, ¿a qué pases mágicos se refiere? Nunca habíamos hablado de este tema. Si lo ha mencionado lo hizo tan a la ligera que no lo recuerdo.

—No solo te he dicho muchas cosas sobre los pases mágicos, sino que ya conoces un montón. Te los he enseñado sin cesar.

En lo que a mí se refería, no era cierto que me había enseñado pases mágicos, por lo que protesté acaloradamente.

—Vaya defensa apasionada de tu maravilloso yo —bromeó y frunció el ceño con gesto ridículo—. Quise decir que, como me imitas en todo, he sacado provecho de tu capacidad. Te he enseñado diversos pases mágicos y en todo momento has considerado que me encanta hacer crujir las articulaciones. Es así como lo interpretas: ¡hago crujir las articulaciones! Seguiremos llamándolos de esta forma. Te he mostrado diez modos de hacer crujir las articulaciones. Cada uno es un pase mágico que se adapta perfectamente a mi cuerpo y al tuyo. Podríamos decir que estos diez pases mágicos coinciden contigo y conmigo. Nos pertenecen